LAS PERSONAS PARTICULARES Y LA POLITICA PUBLICA*

DAVID RIESMAN

PERMÍTASEME comenzar contando dos experiencias que ayudaron a avivar en mí mi interpretación de los mitos sobre la opinión pública a los que se aferra mucha gente inteligente. La primera experiencia ocurrió el año pasado en una reunión de un comité para estudiar la educación creado por el Fondo de los Hermanos Rockefeller. En la ocasión particular que recuerdo, nuestro comité discutía la naturaleza de su informe ya próximo, y uno de los miembros presentaba la pregunta de siempre sobre cómo lograr que nuestras ideas llegaran a manos del pueblo en general. Insistía en que él pensaba que no debíamos dirigirnos exclusivamente a nosotros mismos y a "gente como nosotros", sino hacer nuestro informe breve y punzante, libre de ambigüedades, para que el pueblo lo pudiera entender, y de ese modo, fuera ampliamente efectivo. Mirando alrededor de la sala se me ocurrió que este hombre tenía un auditorio para sus ideas pedagógicas mucho mayor de lo que hubiera podido soñar pocos años antes, pues es aún relativamente joven. Alrededor de la masa se encontraban los presidentes de varias de nuestras universidades principales, los presidentes de algunas de las fundaciones más influyentes, un periodista distinguido en el campo educativo, y varios de los especialistas sobresalientes

---

* El trabajo aquí presentado se preparó para una pequeña conferencia informal sobre política exterior celebrada en Yaddo, cerca de Saratoga Springs bajo los auspicios del American Friends Service Committee en septiembre, 1958. La Conferencia surgió de un esfuerzo por detener las sensaciones de desesperanza que tienen muchos americanos que piensan, cuando consideran la política exterior en la época de la bomba de hidrógeno (y de otras potencialidades para la destrucción total que han sido menos discutidas). Se me pidió que dirigiera una discusión sobre si los ciudadanos individuales podían hacer algo para influenciar la política exterior y si, en general, era hoy más difícil que antes el despertar la opinión pública.

El trabajo no se escribió con miras a ser publicado. Más bien se preparó como un resumen ilustrado para los que no estudian ciencias sociales, de algunas de las cosas que los científicos sociales creen que han descubierto sobre la opinión pública (incluyendo la opinión pública sobre la opinión pública). Claro está que el trabajo expresa mis propios juicios y opiniones y no los de la Conferencia.

Tomado de la Revista *Shenandoah,* Vol. X, Núm. 1, 1958. Traducido por Carmen G. de Bhatia.

del país en problemas de recursos humanos, dentro y fuera del gobierno. Gracias a Sputnik y al clamor por más científicos e ingenieros, y gracias al ataque que muchas de las agencias principales de información han venido efectuando contra la educación progresista en las escuelas superiores, la educación no parecía sufrir de una falta de atención periodística, aunque sí parecía carecer de ejemplos influyentes. Creía yo que si uno lograba cambiar las opiniones de los miembros del comité, uno podría tener un impacto mucho mayor sobre la educación que si uno producía un documento que, en forma diluida, llegara a un público amorfo y poco interesado. De hecho, muchas de las opiniones de las cuales ya estaban llenos los medios de comunicación en masa no llegaban a la masa del público, como no llega, generalmente este tipo de opinión. Sin embargo, mi colega en la mesa parecía estar impedido, por su propia decencia y su ideología democrática, de darse cuenta de esto. Demasiado modesto en cuanto a sí mismo y a su grupo, no quería pensar que en relación con los tópicos que a él le preocupaban, la gente que estaba allí con él importaba muchísimo más que la gente fuera de la sala. Se me parecía a algunos funcionarios de las agencias de información de los Estados Unidos y la Voz de América, quienes, al toparse con países dominados por un dictador o una pequeña élite, siempre siguen tratando de llevar su mensaje a los callados campesinos y a otras personas actualmente impotentes. El "americano simpático" no tiene ninguna pretensión especial y quiere nutrirse de los muchos, no de los pocos.

Mi otra experiencia se relaciona, quizás más directamente, con nuestras preocupaciones en esta reunión. En la primavera de 1956, Louis Harris, uno de los más inteligentes y emprendedores escrutinadores de la opinión pública, trajo a Stewart Alsop a Chicago como parte de un viaje por el Mediano Oeste para enseñarle las técnicas de hacer encuestas y lo que el "hombre en la calle" pensaba sobre la próxima elección. Durante todo aquel año, ustedes recordarán, los hermanos Alsop habían estado machacando en su columna que la Administración de Eisenhower se estaba quedando rezagada del país por su falta de inquietud con el peligro de los adelantos soviéticos y por su preocupación con el presupuesto. Habían atacado ferozmente lo que ellos consideraban la complacencia de Washington. Una agradable mañana de primavera salí con Harris en su expedición de hacer encuestas hacia un nuevo suburbio de clase media al sur de Chicago. El tocaba en la puerta y le preguntaba a la dueña de casa (o a alguno que otro hombre que estuviera en casa trabajando) cómo él o ella había votado en 1952. Casi todos habían votado por Ike, y a algunos se les hacía difícil recordar quién había sido el candidato contrario de Ike.

Harris les preguntaba por quién habían votado en la campaña senatorial de 1954, que había sido muy esforzada en Illinois, y tenía que aguijonear a muchos para que se acordaran que era Meek el candidato opuesto al Senador Douglas. Entonces preguntaba qué pensaban sobre la enfermedad de Ike (después del primero de sus ataques), y si pensaban que esto era un problema; muchos decían que su Tía Minnie o su Tío Ben habían tenido afecciones parecidas al corazón y aún se las manejaban bien: ¡realmente concluí que si Ike se enfermaba más conseguiría más votos! A veces Harris decía, "Bueno, usted ha oído que se critica al Presidente por jugar demasiado golf y por ser un Presidente de jornada parcial: ¿qué cree Ud. sobre esto? La mera idea irritaba a mucha gente: decían, "Si yo tuviera ese empleo, también jugaría al golf". Era obvio que, tal como habían demostrado anteriormente estudios más formales hechos en el Centro de Estudios e Investigaciones, la gente tenía la tendencia a ver la Presidencia en términos de personalidades, y no en términos de programas ni responsabilidades.

Esto se vio aún más claramente cuando Mr. Harris le preguntó a sus entrevistados si los Republicanos o los Demócratas habían hecho algo recientemente que a ellos les hubiera especialmente gustado o disgustado. Se rascaban la cabeza y pensaban por un momento y a veces decían que les había gustado que se acabara la guerra en Corea o que les disgustaban los impuestos altos; pero a menudo tenían que buscarse un lema para responder, y había muy poco ánimo en lo que decían.

De vez en cuando, Harris preguntaba si les gustaba McCarthy, y si contestaban afirmativamente también preguntaba si les gustaba Kefauver. Lo que me chocó fue que si les gustaba uno, generalmente les gustaba el otro y por la misma razón: estos hombres eran dramáticos, entretenidos, no "políticos" sino por el contrario en contra de los políticos. Ustedes recordarán que Stewart Alsop escribió en sus columnas que se sintió sacudido por esto; que Washington lejos de quedarse atrás del país estaba muy adelantado, viviendo en un clima de preocupación y activismo y atención que no se igualaba en la complacencia y optimismo que el había visto en su viaje.

Ciertamente tuve la experiencia de que al mirar sobre la llanura que hacía muy poco tiempo se había convertido en suburbio, donde crecían casas y jardines y niños, era difícil imaginarse que nada malo pudiera pasar. Realmente, sentí que el hecho de que tan pocos norteamericanos hubieran sido afectados seriamente por la guerra (a pesar de los muchos que han pasado de una manera u otra por las fuerzas armadas) era una de las fuentes de peligro para el país hoy día, porque la gente no tenía suficiente miedo a la guerra y por lo tanto, estaban más dispuestos a sentirse satisfechos con una política exterior belige-

rante que si hubieran tenido las experiencias que nos llevaran a un miedo más sensato.

Estudios recientes, según los he leído, parecen indicar que esas complacencias han sido tocadas muy levemente por la reacción y por Sputnik. En cuanto a la anterior, los estudios hechos por el Profesor George Katona en el Centro de Estudios e Investigación para la Junta de Reserva Federal, demuestran que los desempleados están, en general, bastante confiados de que conseguirán trabajo pronto. Los consumidores están muy lejos de sentir pánico.[1] Igualmente, aún inmediatamente después de Sputnik, y especialmente después que Explorer había sido disparado, hubo grandes sectores de la población que aceptaron tranquilamente la idea de la Administración de que América podía enviar el mismo equipo al espacio, si realmente lo queríamos hacer.[2] Es difícil para personas como nosotros en la clase media alta, personas como aquéllos de nosotros que leemos *Shenandoah,* y nuestros amigos y colegas, imaginarnos el grado de la voluntad del pueblo para olvidarse, dejar de darse cuenta, tergiversar y pasar por alto todo lo que los medios de información en masa parecen decir con tanta urgencia —y aún lo que los sucesos parecen decir.

De hecho si examinamos la información de la persona promedio en cuanto a asuntos exteriores, encontraremos que como señaló Erich Fromm en su *Escape from Freedom,* es una información de tipo totalmente fragmentado. .Es de la calidad de un noticiero, recortes sin contexto. La gente "olvida" detalles de información que nos parecerían vitales a aquéllos de nosotros que estamos en esta conferencia —por ejemplo en lo más acalorado de la conmoción sobre McCarthy, las encuestas demostraron que tanto como una cuarta parte de los entrevistados no sabían quien era él; de igual manera muchas personas hoy no podrían decir quien es el Secretario de Estado, por no mencionar dónde está Formosa. La gente de instrucción limitada (pero no necesariamente de inteligencia limitada) raras veces tienen un marco donde situar datos que no aparecen directamente relacionados con ellos.[3] Tampoco se excluye a nadie de sociabildiad por su incompetencia o falta de

---

[1] Compare Katona, "The Psychology of the Recession", trabajo presentado en reuniones de septiembre de la Asociación Psicológica Americana, Washington, D. C.

[2] Compare Donald N. Michael, "American Responses to Sputnik", trabajo presentado en la reunión de 1958 de la Asociación Psicológica Americana. Debo a Mr. Michael muchas sugestiones provechosas sobre asuntos discutidos en este trabajo.

[3] Una relación directa, sin embargo, no es siempre suficiente. Así un estudio en Detroit demostró que mucha de la gente de clase obrera no estaba familiarizada con los beneficios de Seguro Social de interés inmediato para ellos —aunque un poco más informada que en el caso de otras agencias locales cuyas operaciones eran aún más remotas. Vea Morris Janowitz, Deil Wright, y William Delaney, *Public Administration and the Public Perspectives Toward Government in a Metropolitan Community* (Bureau of Government, Institute of Public Administration, University of Michigan, 1958).

atención en estos frentes.[4] De ahí que, aunque los medios de información en masa están en apariencia, omnipresentes con las "noticias del día", estos programas distan mucho de ser omnipotentes o quizás, para decirlo de otra forma, sus poderes de distracción son mucho mayores que sus poderes de atracción.[5]

Casi sin excepción, los propagandistas que le piden los votos al electorado, han llegado a conclusiones semejantes. Así, Stimson Bullitt, en su próximo, *To be a Politician,* describe cómo él trató de interesar a los votantes de Seattle en lo que a un liberal militante le parecían los problemas vitales de política exterior y doméstica, sólo para descubrir que jamás le preguntaron sobre ellos cuando estaba haciendo campaña. Igualmente, Lewis Dexter, quien ha manejado las campañas congresionales de varias personas, me informa que la mayoría de los votantes no saben la posición de su candidato ni siquiera en cuanto a problemas tan acaloradamente discutidos y localmente importantes como los aranceles, y mucho menos en cuanto a problemas más remotos. Los problemas parecen ser derivados de la personalidad, en el sentido de que la gente asume que los políticos que parecen ser buenos chicos (y a menudo, no muy diferentes de ellos mismos), seguramente votarán "bien" sobre cualquier asunto importante —y la gente de hecho asumirá que sus funcionarios votaron bien aun ante evidencia periodística contraria.[6]

Si esto es así, entonces uno debe preguntar por qué los congresistas o cualquier funcionario electo trata de estar en el lado que ellos consideran más popular de un problema. Yo me atrevería a sostener que muy pocas veces se debe a que verdaderamente teman una represalia. A lo sumo, temen que alguna minoría alborotosa se hará engorrosa en

---

[4] En contraste, en algunas estratas educadas, se exige estar al tanto de las noticias para dárselas de informado. Cf. Riesman y Nathan Glazer, "Criteria for Political Apathy", en Alvin W. Gouldner, ed., *Studies in Leadership* (New York: Harper's 1950).

[5] En el curso de la Conferencia hubo alguna discusión sobre la tecnología de hacer encuestas y otros métodos para medir las actitudes y los niveles de información populares. Ciertamente hay muchos problemas de técnica y de criterio envueltos en la interpretación de las contestaciones que uno recibe a través de las encuestas. Al utilizar datos de encuestas, sin embargo, he tratado de tomar en cuenta estas zonas de poca confiabilidad y posible distorsión, y a reunir los datos de encuesta con los que estoy familiarizado con otros datos reunidos en otras formas. Creo es innegable que las posiciones sociales y experiencias diferentes producen diferentes preocupaciones además de ocupaciones en la gente, y que toda investigación reciente nos pone en guardia contra asumir con demasiada prontitud que otras personas responden al medio o a los sucesos igual que nosotros mismos. Cf., e. g., B. Fisher y G. Belknap, *America's Role in World Affairs* (Ann Arbor, Mich.: Survey Research Center, 1952), págs. 42-43.

[6] Para una discusión general sobre la forma en que los votantes tergiversan la opinión de su propio candidato ante problemas, vea Bernard Berelson, Paul F. Lazarsfeld, y William McPhee, *Voting* (Chicago: University of Chicago Press, 1954): y para un tratamiento sagaz del problema de exposición diferenciada a información en una democracia, vea Morris Janowitz y Dwaine Marvick, *Competitive Pressure and Democratic Consent* (Bureau of Government, Institute of Public Administration, University of Michigan, 1956).

relación con el problema, con la consecuencia de que su posición pueda alejar trabajadores influyentes de precintos o respaldos financieros (cuya ayuda uno, por supuesto, necesita para llegar a los votantes e impresionarles con la personalidad de uno y llevarlos a los comicios). Pero creo que es más importante ver que los líderes, aunque considerablemente menos satisfechos que sus electores, siempre se les parecen en percepciones fundamentales, en falta de voluntad para enfrentarse a alternativas y en un optimismo básico. A veces, además, ellos mismos se engañan, como se engañaron los Alsop, por la repetición de sus propias declaraciones y de las de otros individuos de los que formulan problemas. Si, viviendo en las llanuras del Mediano Oeste es difícil imaginarse que existe tal cosa como Europa (y a veces uno quiere olvidarse de que los antecesores de uno vinieron recientemente de allí), viviendo en Washington uno puede sobreestimar el alcance del interés público en los titulares, y subestimar la apatía enorme que actúa como un escudo o parachoque contra información y, en gran parte, contra ansiedad. Así, es posible que un funcionario de Washington asuma que la gente lee editoriales u oye comentaristas, y que ésta o aquella política es políticamente "imposible" porque el senador Knowland o el Senador Bridges podría hacer un discurso denunciándola. De hecho, puede ser mayor consuelo para la fe en la democracia y el gobierno popular el creer que a la gente sí les importa pero que están malinformados, en lugar de darse cuenta de cuán poco les importa y cuán pequeño es el sentido de responsabilidad que han aprendido a tener fuera del suburbio o del municipio.[7]

De hecho, las investigaciones en torno a la opinión pública en años recientes han producido muy poco que apoye a aquéllos que creen que si uno pudiera llegar a la masa del pueblo, uno conseguirá contestaciones verdaderas y decentes a preguntas urgentes; que el pueblo, el pueblo trabajador, es básicamente liberal, mientras que sólo sus explotadores, los jefes, la élite y las clases altas, son reaccionarias. Esto es cierto únicamente si definimos como liberalismo el favorecer medidas de estado provindencial y, en general, la intervención gubernamental en la economía. Es definitivamente falso si pensamos en libertades civiles o internacionalismo— o aún esa forma de internacionalismo dentro de los Estados Unidos que simpatiza con los negros y con otras minorías étnicas. Toda encuesta de opinión pública en los últimos 20 años, que yo haya visto, ha demostrado que la educación es el factor decisivo en este tipo de liberalismo, que la gente que ha terminado un bachi-

[7] Para una discusión de la distinción entre interés político en asuntos tales como relaciones exteriores e interés cívico en gobierno suburbano o local o escuelas, compare mi artículo "The Suburban Sadness," en William Dobriner, ed. *The Suburban Community* (New York: G. P. Putnam, 1958).

llerato tienden a crer en comercio libre de bienes y de otras ideas, mientras que los que sólo han asistido a escuela elemental no creen en esto, y los que son graduados de escuela superior están en medio de estos dos grupos.[8]

¿Cómo, entonces, podemos explicar el hecho de que los demócratas, el partido que la clase trabajadora y los destituidos o descastados tienden a favorecer, ha sido también el partido, en muchas ocasiones, de liberalismo en asuntos internacionales? Nos encontramos aquí con el hecho de que el Partido Demócrata ha sido a intervalos un partido de líderes más o menos intelectuales e ilustrados cuya aceptación del liberalismo tanto político como económico les puso en posición de capturar los votos de la clase trabajadora y de las minorías étnicas.[9] Así, aunque la clase trabajadora está, en general, en contra de cualquier forma de ayuda extranjera, no sacarán de su puesto a un Walter Reuther, quien la favorece, siempre que alimente la economía del país.

Toda nuestra sociedad está erigida en términos de grupos de interés de tal forma que a los votantes y a los miembros de los grupos se les estimula a pensar en sí mismos en términos de grupo, y solamente en muy raras ocasiones se sienten estimulados por liderato y educación a trascender estos intereses. La vida de la clase trabajadora en este país no conduce, en general, a horizontes políticos amplios. Aquellos que tienen tales horizontes o los buscan, probablemente se filtren hacia las posiciones de clase media. A su vez, estas posiciones pueden o no proveer la base para un interés en asuntos exteriores; a menudo el mismo esfuerzo por lograr un status social más elevado lleva a insensibilidad en cuanto a los requisitos menos evidentes de esa posición, tales como interés en el futuro político —y recíprocamente, aquellos cuya posición de clase social está cayendo (como Richard Hofstadter ha enfatizado en sus escritos) se sienten atraídos frecuentemente por la "derecha radical" y su xenofobia.

Sabiendo estas condiciones, puede que no siempre sea sabio el traer a la discusión sobre política exterior a aquellas estratas que son actualmente apáticas. Por ejemplo, si uno tratara de llegar a los que no están políticamente comprometidos con una compaña contra desperdicios nucleares, ésta podría tener consecuencias contraproducentes: lejos de construir una "base de masa" para una política exterior menos precaria, el resultado podría ser crear tal impaciencia con el enemigo comunista y con la situación mundial inestructurada, y por lo tanto

---

[8] Vea, para una consideración más amplia, Samuel Stouffer, *Communism, Conformity and Civil Liberties* (New York: Doubleday, 1955), y mi discusión en "Interviewers, Elites, and Orbits of Tolerance," *Public Opinion Quarterly*, vol. 20 (1956), págs. 49-73.

[9] La discusión aquí se basa mayormente en el trabajo del Profesor Seymour M. Lipset. Vea, entre otras cosas, su contribución a Daniel Bell (ed.), *The New American Right* (New York Criterion Books, 1955).

insoportable, que se acrecentaría el sentimiento hacia un fin de toda ambigüedad aún al precio de una guerra "preventiva" suicida.[10]

Las batallas sobre política exterior se efectúan entre minorías relativamente pequeñas, élites si ustedes quieren, que continuamente buscan el respaldo de las masas para sus posiciones, para poder derrotar la competencia y para darse a sí mismos un sentido de legitimidad. Una de estas minorías tiene en mente el mundo y es fundamentalmente cosmopolita: y está creciendo aceleradamente según más y más americanos viajan por el exterior (y de hecho "ven" otros países en vez de los atractivos turísticos que se supone que fotografíen); la gente joven en las universidades tienen cada día menos tendencia hacia el chauvinismo americano anticuado (aparte de algunos colegios sectarios, especialmente en el Sur). Otra minoría es global geopolíticamente pero no psicológicamente y para sus políticas de muchas bases para proyectiles teledirigidos y la bipolarización del mundo, busca el respaldo de la gran mayoría de americanos provinciales y etnocéntricos —los últimos son traídos a la dirección de política exterior de un modo periférico, por ejemplo, para hinchar la mayoría de tres a uno de aquellos que se oponen al reconocimiento de la China Roja o a que se permita comerciar con el bloque comunista.[11] Así, mientras por un lado los Estados Unidos de América está, por supuesto, más y más ligado al destino de todo el planeta, y mientras más y más norteamericanos están conscientes de esto, el crecimiento concomitante de un "voto" plebiscitario de la masa en política exterior (un voto guiado por una élite en competencia) expone este mismo avance. Además, la misma tolerancia de los de mente amplia que los hace menos etnocéntricos en el exterior, los debilita en casa, haciéndolos menos vulnerables al fanatismo de los menos instruidos y menos privilegiados y, en ocasiones por miedo a alejarse de los últimos, susceptibles no sólo a ser gobernados por sus votos, ineludibles en una democracia, sino también a ser movidos por

---

10 Aunque falta evidencia decisiva, parece que las campañas para conseguir que todos votaran hincharon las mayorías de Eisenhower en 1952 y 1956 con votantes quienes, básicamente apáticos, responden sólo a personalidades y no a problemas; muchos se considerarían a sí mismos miembros del Partido Demócrata, aunque sin interés ni gran convicción. Cf. Louis Harris, *Is there a Republican Majority?* (New York: Harper's, 1954); y Angus Campbell, Gerald Gurin, y Warren Miller, *The Voter Decides* (Evanston, Ill.: Rowe Peterson, 1954). El traer los sonámbulos a las urnas meramente por aumentar la concurrencia electoral no ayuda a la democracia.

11 En el curso del debate, en la Conferencia, señalé que en esta etapa en su historia, la China Roja puede que no valore el reconocimiento tanto como los frutos del no-reconocimiento para la guerra psicológica: no importa qué haga o no haga los Estados Unidos, la política de los chinos comunistas puede que no cambie. Pero mi tema en la reunión no era qué podría en realidad hacerse por medio de una política exterior norteamericana más flexible —la situación puede que verdaderamente ya no tenga arreglo— sino más bien cuáles eran algunas de las raíces domésticas de la posición norteamericana en asuntos mundiales.

sus puntos de vista cuando éstos han sido movilizados y "lematizados" como ocurre en una guerra o en una guerra fría.

Los grupos cosmopolitas están más o menos continuamente accesibles a información sobre asuntos extranjeros; los públicos de masa son aislacionistas en el sentido de estar sólo periódicamente accesibles. En adición hay un cúmulo de públicos cuyo interés intermitente en asuntos exteriores brota de sus orígenes étnicos, según éstos se les recuerdan por políticos buscando votos, clérigos buscando gente para sus parroquias, recaudadores de fondos buscando dólares — y a menudo estos grupos buscan sus propios recordatorios (como Oscar Handlin y otros han demostrado) como una forma de identificarse psicológica y culturalmente en la escena americana. Actualmente, varios de estos grupos étnicos son verdaderamente importantes: pienso en los zionistas y los irlandeses y quizá también los alemanes y los polacos. Los miembros de estos grupos pueden esr movilizados a fuertes grupos de presión con el fin de evitar arreglos pacíficos de fronteras que podrían causar guerra en Europa o el Mediano Oriente. La mayoría protestante no quiere enredarse en ninguno de ellos.

Permítanme dirigirme ahora, sin embargo, lejos de cada uno de estos grupos, aún el número de los cuales es lo suficientemente grande para constituir una "masa" y discutir alguno de los públicos especiales que son decisivos en el área de asuntos exteriores y que es mucho más probable que oigan a los miembros de un grupo como éste. Esto; es, quiero volver a la perspectiva sobre opinión pública ilustrada por mi anécdota sobre el comité del Fondo de los Hermanos Rockefeller. Precisamente debido a la cualidad de grande escala y aparentemente monolítica de los públicos en masa, es importante no descuidar esos grupos decisivos que pueden, la mayor parte del tiempo, ser impotentes pero que pueden en otras ocasiones manifestar energías intocadas. Algunos de estos grupos tienen más conocimiento que poder, y otros más poder que conocimiento, aunque en general, por supuesto, la gente que carece de poder tiende también a no adquirir conocimiento y la gente que tiene conociminto tiende a adquirir poder (también desgraciadamente la gente que tiene poder puede, de la misma manera, privarse a sí misma de conocimientos o privar a gente con conocimiento de acceso a nuevos datos).

El primer grupo de esta especie que quiero discutir son los científicos y técnicos que actualmente trabajan con el gobierno o en contratos del gobierno. Algunos de los científicos atómicos entre ellos se sienten que han vivido con la conciencia del desastre desde Hiroshima, y que a nadie le importa. La falta de un auditorio lego que entienda sus preocupaciones si no todos los detalles de su tecnología, los hace sentirse aislados y a veces los lleva a la apatía. El hecho de que los libera-

les y los científicos políticos en general, no se han interesado en asuntos militares ha aumentado el divorcio de la moralidad y el conocimiento y ha hecho ilusoria la moralidad de muchos comentaristas civiles sobre la ciencia y sobre la política militar — no hay duda de que pocos civiles reconocen la diferencia entre los servicios militares, o la naturaleza de sus lazos con la economía civil por un lado y con la política civil por otro. Los científicos que se encuentran así divorciados de un auditorio lego fuera del gobierno a menudo se sienten igualmente aislados dentro del gobierno o las fuerzas armadas viendo a sus superiores civiles o militares como desesperadamente anticuados y como individuos que aún están peleando la última guerra o la guerra anterior a ésa. (Quizás un buen ejemplo de esto es que el General Gavin, aunque mucho más alerta a lo que sucede en el mundo que muchos de sus anteriores colegas, se encuentra atrapado en el "realismo" salvaje de recomendar bases movibles de proyectiles teledirigidos y paracaidistas y caballería del espacio para campos de batalla atómicos a la vez que demuestra que el avión pilotado está obsoleto y que, después de una guerra nuclear entre las superpotencias, las últimas puede que ya no estén a cargo de lo que quede del planeta). En una atmósfera donde deben escoger entre predicaciones morales divorciadas de los hechos por un lado, y discusiones técnicas divorciadas de moralidad por el otro, los miembros de este núcleo de científicos a menudo se sienten inclinados a sentir "¿de qué vale? el mundo va a estallar de cualquier manera así que mejor es que cojamos nuestros cheques y hagamos nuestro trabajo técnico aunque posiblemente creador". La labor de la Federación de Científicos Americanos y de los partidarios y colaboradores a *The Bulletin of the Atomic Scientist* demuestra *inter alia,* cuán vital sigue siendo la preocupación de la comunidad científica. Aún así, sería un error creer que la mayoría de los científicos comparten esta preocupación, y la lectura relativamente pequeña del *Bulletin* dentro, al igual que fuera de la comunidad científica, puede tomarse como un índice de amnesias actuales aun entre la gente dedicada al mundo académico y de investigación.[12]

Y esto me trae al segundo grupo pequeño pero potencialmente influyente que quiero discutir, o sea, gente del mundo académico fuera de los científicos directamente envueltos en los problemas morales y prácticos de sistemas de armamentos y tecnología. Hay, obviamente, grandes diferencias de campus a campus y entre las distintas disciplinas, pero es mi impresión que hay mucho menos interés ávido en asuntos mundiales en la comunidad académica hoy que en décadas anteriores, y

[12] Sobre la importancia de los científicos en la decisión de tirar la primera bomba atómica, vea Joan Moore y Burton M. Moore, "The Role of the Scientific Elite in the Decision to Use the Atomic Bomb," *Social Problems,* vol. 6 (1958), págs. 78-85.

que el interés que existe, es más intenso entre los miembros más viejos que entre los más jóvenes de la facultad. Así, cuando yo regresé a la vida académica en 1946, había una discusión muy animada en las instituciones principales sobre el Plan Acheson Lillienthal (Baruch) para el control de la energía atómica. En contraste, hoy tengo la sensación de que ha ocurrido una especie de decaimiento de interés, cubriendo discusiones análogas — de las conferencias Pugwash, por ejemplo. Si estoy en lo cierto, y no meramente reflejando el prejuicio de una experiencia necesariamente limitada, entonces debemos preguntar si, como algunos dicen, este es el resultado del "macartismo"* y el miedo a ser comprometidos por estar envueltos en posiciones que no gozan de popularidad. Me inclino a pensar que tales miedos directos son sólo una parte pequeña de la historia. En algún grado, los profesores en algunas universidades siguen temiendo ser timados por la propaganda comunista, menos porque esto pueda causarles apuros que porque temen pensar en sí mismos, o que se piense de ellos como blanditos e ingenuos; pensar sobre las posibilidades de un mundo de paz significa pensar en musarañas y ambas son más despreciables que no pensar. (¡Aunque la gente instruida ha aprendido de Freud que es malo reprimir muchos tipos de fantasías anteriormente condenadas esta actitud no ha extendido su caridad a las fantasías políticas!) Hay una gran renuencia entre los instruidos a sentirse alejados del país en general, no en cuanto a actitudes hacia colas de aleta en los automóviles, televisión o el *Readers Digest,* sino en cuanto a aquellas actitudes de patriotismo irreflexivo que demuestran el americano vigoroso, masculino, que no tolera tonterías.

Además, como todos sabemos, la gente académica ha sido absorbida en institutos especializados manejados por gente que sienten que han subido por encima de los clichés de todos los días. Aun así, esta gente ha sido grandemente afectada por el problema racial, por Little Rock, o por el problema de segregación en sus propias comunidades. Aquí los problemas son inmediatos y a veces envuelven su propio comportamiento o el de sus institución. Pero la política exterior se ha convertido en algo casi tan remoto para muchos académicos e intelectuales como para el país en general. Esto me chocó cuando asistí este mes, en las reuniones de la Asociación Psicológica Americana, a una sesión sobre guerra y paz. Un manojo de gente se presentó, mientras que cientos acudieron a oír una discusión psicoanalítica de los sueños y otros cientos a una discusión de metodología técnica. En parte lo que

* Nota del traductor: "macartismo" es la expresión norteamericana que significa la interrogación y humillación de intelectuales que, bajo el pretexto de erradicar el comunismo del gobierno y de las universidades, llevara a cabo el finado senador federal por Wisconsin, Joseph McCarthy aproximadamente de 1950 a 1957.

hace falta en la academia hoy en día es la realización de cuán interesantes son los problemas de política exterior. La situación en Polonia, por ejemplo, o en Africa Occidental, apenas se discute como algo intelectualmente estimulante. Muchas personas académicas carecen de perspectiva histórica y de fe en un futuro posible para la humanidad que pudiera darle sentido a la dieta diaria de crisis y problemas; por lo tanto la política se convierte en algo siniestro, importante, opaco, e incurable, y la retirada hacia la vida privada tiene muy poca competencia.

Otro auditorio especialista es el de los periodistas y locutores. Y estoy pensando en ellos ahora no en términos de su función como trasmisores sino en sus propios términos como intelectuales o intelectuales a medias. Esto es, estoy pensando en su impacto no sobre su auditorio masa sino sobre sus amigos en la élite — aunque no hay duda, si aprendieran a tener puntos de vista más diferenciados algo de esto se colaría a lo que dicen y escriben.[13]

Aquí sólo puedo mencionar varios otros públicos del mismo tipo, incluyendo los militares más inteligentes, los líderes de las asociaciones voluntarias tales como la Liga de Mujeres Votantes, la Asociación Americana para el Progreso de la Ciencia, y los grandes grupos conservadores de ministros que no pueden ser alcanzados por los medios seculares, pero podrían ser alcanzados por los canales de sus propias iglesias, y, quizás del exterior a través de fuentes italianas, belgas o alemanas cuando son católicos o luteranos.[14]

Las derrotas para la democracia en años recientes han llevado a muchos liberales a mudarse de una posición de esperanza en la opinión pública a una de completa desesperación. Mientras más aprenden aun a veces incluyendo las ciencias sociales — menos sienten que pueden influenciar los sucesos. Frecuentemente se asume que sólo los militares

---

13 Por cierto que lo que actualmente se dice y escribe en los medios de información en masa más importantes, incluyendo el *New York Times* y el programa típico de noticias, demuestra un nivel tan bajo de comprensión y (con excepciones notables) tan alto de etnocentrismo que confirma la preferencia de muchos intelectuales por asuntos culturales sobre asuntos de Estado. La persona "bien informada" tiene que cernir mucho "ruido" en los canales de comunicación en masa para descubrir qué es lo que realmente sucede en el mundo —y no es de sorprenderse que a menudo concluya que la vida es demasiado corta para eso. Parece que hemos perdido la cuadrilla de corresponsales extranjeros errantes y románticos que aportaron entusiasmo aunque no siempre buen juicio a los reportajes entre las dos Guerras Mundiales, y haberlos sustituido por "hombres organizacionales" más cuidadosos, pero menos apasionados e interesantes, quienes aceptan lo que dicen los gobiernos extranjeros y la ortodoxia "norteamericana" del día.

14 Existe también la oportunidad de laborar por conseguir puntos de vista menos monolíticos entre los muchos grupos de refugiados húngaros y polacos que ahora son tan intransigentemente antisoviéticos como para estar dispuestos a arriesgarse a una guerra nuclear para eliminar el control comunista en los países satélites. Pero entre los refugiados hay algunos que se dan cuenta de que ni los polacos ni los húngaros en sus propias patrias tomarían estos riesgos, sino que prefieren luchar contra el régimen de una manera más "táctica" aunque menos dramática.

y algunos altos funcionarios civiles tienen poder efectivo — un punto de vista que no puede explicar la influencia de Edward Teller sobre la política de defensa norteamericana (o la influencia más reciente de Killian o Bethe). Se hacen supergeneralizaciones sobre la "mentalidad militar", y la imposibilidad de llegar con ideas que pudieran tildarse de pacifistas o carentes de ardor guerrero. De hecho es necesario un punto de vista más diferenciado. Así podemos encontrar militares quienes precisamente porque conocen el precio de la guerra y no necesitan probarse a sí mismos que son viriles, pueden tomar un punto de vista más objetivo de la situación presente que lo que muchos civiles se atreven a hacer. Del mismo modo, uno puede asumir demasiado ligero que "la" Iglesia Católica es anticomunista al punto de ir a la guerra, cuando, de hecho, hay muchos grupos y órdenes dentro de la Iglesia aquí y en el exterior, de orígenes étnicos diferenciados y de grados diferentes de objetividad y belicosidad. Igualmente, hay hombres de negocios, importantes, extremadamente conservadores por no decir reaccionarios en el campo de la política doméstica, quienes de momento han adquirido conciencia del poder destructor aterrador de las armas modernas y quienes no por razones de presupuesto sino por la vida misma (o por salvar el Partido Republicano) han estado buscando otras alternativas a nuestra política exterior actual... y a veces descubriendo que el abastecimiento de ideas que se puede encontrar en el mundo académico no es muy grande.

Las ideas de Henry Kissinger sobre guerra limitada deben entenderse como, *inter alia,* un esfuerzo por proveer alternativas a la destrucción ilimitada. Kissinger propone una clase de política de detener o encerrar la locura militar total. El es uno de los pocos intelectuales que ha tratado de enfrentarse a los problemas que los Servicios militares tienen que afrontar — y en algún grado su trabajo ha tenido atracción para oficiales empeñados en salvar una misión para su rama del Servicio sin entrar en la competencia tentadora por una panoplia nuclear total de sistemas de armamentos. (En mi opinión, el pensamiento de Kissinger carece de una consideración adecuada del hecho de que siendo los Estados Unidos de América la clase de país que es, es improbable que pelee una guerra limitada, especialmente después de la experiencia coreana, debido a que es muy difícil despertar a la gente pero luego se sobreexcitan).[15]

Además, para que las ideas en asuntos mundiales sean efectivas, no tienen que ser aceptadas por los líderes de este país, siempre que

[15] Me refiero a ambos el *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (New York: Doubleday Anchor edition, 1958), de Kissinger, y a sus artículos recientes en *Foreign Affairs,* especialmente "Nuclear Testing and the Problem of Peace," *Foreign Affairs* vol. 37 (octubre, 1958), págs. 1-18. Cf., también, Lewis Dexter, "The Policy Sciences and Limited Warfare" *PROD,* vol. 1 (julio, 1958), págs. 17-19.

puedan persuadir a los líderes de algunos otros países. El hecho, por ejemplo, de que Gran Bretaña ha tenido un debate mucho más animado en política exterior que el que este país ha tenido, puede habernos salvado antes de ahora de nuestros propios errores. Los británicos, quizá porque sufrieron en la última guerra, no necesitan establecer su propia autoimagen de hombría siendo ferozmente anticomunistas. El impacto de las conferencias Reith de George Kennan en el Programa Tercero de la BBC sobre la opinión instruida británica y continental es un ejemplo alentador.

En adición, los asuntos pueden llegar a tal encrucijada en este país que alguien como Churchill en Inglaterra antes de la Segunda Guerra Mundial, claramente realista, claramente correcto, y claramente impopular, pueda tener una oportunidad. Creería que esto, actualmente, tendría que ser fuera de los dos partidos mayores pero dentro de los círculos más pequeños de liderato que he estado describiendo.

Al pensar sobre un problema como este, es siempre bueno mirarlo no sólo del punto de vista de uno, sino del del "otro". Los norteamericanos están acostumbrados a hacer esto en asuntos domésticos, pero apenas lo hacen en asuntos exteriores; así, tendemos a no hacer esto vis a vis los rusos o los chinos, sino a ver el mundo (si es que lo miramos) en términos de mapas etnocéntricos en la mayor parte de nuestras revistas. Aun los liberales raras veces miran al mundo con tanta amplitud. Pocos liberales hacen el esfuerzo por entender el punto de vista de los "otros" cuando el último se convierte, por ejemplo, en un cuerpo tan remoto de todo el debate doméstico como el Comando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos. Procedamos aquí, sin embargo, a hacer el experimento mental que los militares llamarían un "juego de guerra" y tratemos de ver los asuntos como lo hace S. A. C. (siglas en inglés para Comando Aéreo Estratégico). El S. A. C. es una de las pocas organizaciones en este país que no está satisfecha. Es dirigida por un grupo dedicado que toman su misión muy en serio y creen en ella. Para ellos, también, la apatía del pueblo norteamericano constituye un problema. Temen y han temido que llegará el día en que no se asignará suficiente dinero, o no se reclutarán suficientes hombres para la defensa del país. Muchos de ellos se sienten en cuanto al público igual que los paracaidistas franceses se sienten en Argelia en cuanto a los colonos franceses civiles; que están protegiendo a los demasiado cómodos, quienes no les dan ningún crédito por ello y hasta compiten con ellos por los materiales necesarios para la guerra. Deben luchar aun con muchos de su propio grupo que no pueden evitar el deseo de regresar de las misiones arduas y que provocan ansiedad del SAC, al mundo familiar de la vida civil. Los oficiales del SAC también sienten que el público no responde a la información y que en la competencia

de la bolsa pública con la privada, la privada tiene la hegemonía.[16] Verdaderamente, alguna de su propia fuerza ha venido de señalar la baratura de las armas atómicas y de esta forma fortalecer este plan de economía y esta carencia de perspectivas amplias.

Debe ser tentador para este grupo persuadir a la gente por argumentos en los cuales ellos mismos no creen en realidad para poder lograr fines en los cuales sí creen. Y como es difícil persuadir a los norteamericanos por argumentos, sean buenos o malos, existe siempre la tentación terrible de persuadirlos por sucesos — como los persuadió Pearl Harbor. Luego de tomar el pulso de la opinión pública inmediatamente después de Sputnik, concluyó que era imposible influenciar al pueblo por argumentos políticos, que éstos simplementes no llegaban y que la única manera de alcanzar al pueblo era manipular toda la economía, porque ellos sí respondían a cheques, desempleo e inflación.[17] Me parece que uno de nuestros verdaderos peligros hoy es que la apatía del público, su falta de reacción, tienta a la gente a tomar medidas desesperadas que eventualmente logran el propósito contrario al que se quería. Para ponerlo de otra manera: las minorías no satisfechas sean pacifistas u oficiales del Comando Aéreo Estratégico, pueden ser llevadas a la impaciencia y a hacer malos juicios por la falta de un auditorio mayor que comprenda los problemas entre ellos.

Aun en una sociedad utópica la gente estaría diferenciadamente interesada en asuntos exteriores, y aun en momentos de grandes crisis y peligro no todo el mundo sería movilizado — de hecho la movilización total es más característica de las sociedades totalitarias que de las tradicionales, sean aristocráticas o democráticas (debo cualificar esto, sin embargo, añadiendo que en la Segunda Guerra Mundial los Nazis movilizaron toda la economía menos efectivamente que los norteamericanos o los británicos). Eventualmente, uno tendría la esperanza de que más gente reaccionara a los asuntos exteriores por interés propio y por el deseo de sobrevivir y el deseo de un mundo mejor y por curiosidad y motivos desinteresados también. Pero una sociedad en que esto fuera así sería muy distinta de la nuestra, y la necesidad más imperativa de hoy (si es que vamos a vivir el tiempo suficiente para imaginarnos tal sociedad utópica, ya que no crearla) es de ideas, y de pequeños auditorios para ellas —ideas que no sean truncadas inmediatamente por la necesidad de hacerlas atractivas a un auditorio masa o capaz de ser publicadas por una cadena radial tipo *Comité William Allen White.* Esto es, debemos tener el valor para experimentar con ideas entre

[16] Vea la discusión excelente de esto en John Kenneth Galbraith, *The Affluent Society* (Boston: Houghton Mifflin, 1958).

[17] Vea Lubell, "Sputnik and American Public Opinion," *Columbia University Forum,* vol. 1 (Otoño, 1957), págs. 15-21.

nosotros y dentro de cada uno de nosotros . . . ideas que no puedan ser vendidas o convertidas inmediatamente en lemas. Sólo las invenciones frívolas son las que generalmente se crean para un mercado en expectación.

Sin embargo, al mismo tiempo, el vivir como han hecho algunos pilotos del SAC, con el conocimiento de que si viniera la guerra ellos tendrían un pasaje de ida a la Unión Soviética en aviones que no podrían hacer el viaje de regreso, requiere una dedicación enorme análoga a la de los pacifistas de la "Regla de Oro". Tal dedicación es compatible con cordura personal en parte por ser compartida, mientras que los individuos que tienen que enfrentarse en total aislamiento a la apatía en masa de la vida norteamericana pueden fácilmente volverse locos.

Pero, por supuesto, casi nadie vive en aislamiento total. Vivimos entre nuestras familias, entre nuestros amigos, entre nuestros compañeros de trabajo, y la experiencia de Hungría y Polonia demuestra cuán difícil es, aun para el poder totalitario más vicioso, romper totalmente estos grupos primarios, y el respaldo a la disidencia (o, en países comunistas, sencillamente desinterés) que pueden proveer. En algún grado en este país opera un fenómeno similar *vis a vis* el poder aparente de los medios de información en masa. Estudios recientes han demostrado que la gente en general no responde directamente a anuncios ni propaganda; verdaderamente, su desconfianza hacia éstos, los hace depender mucho más de influencias personales, de las opiniones de sus amigos y familias. Pero uno o más de los últimos —los llamados "líderes de opinión"— pueden ser menos inmunes a influencias sustitutas y atendiendo los mensajes de los medios de información, pasarlos como sus propios puntos de vista a sus amigos y asociados.[18] Mucho de lo que, de hecho, aparece como apatía es una desconfianza de influencias remotas que no están respaldadas en la telaraña de familia y amigos. Si uno quiere llegar al pueblo en general, casi nunca se puede hacer mediante hojas sueltas.

Pero al mismo tiempo, las hojas sueltas y otros medios como este, pueden respaldar a la gente que está dedicada a llegar a otra gente, pueden respaldarla con argumentos, con una sensación de misión, con una sensación de que no trabajan solos y sin reconocimiento. (Las hojas sueltas que los tenaces Testigos de Jehová reparten convencen a muy poca gente e irritan a muchos — pero mantienen a los testigos dentro del grupo). Cuando se le respalda de este modo, es a menudo extraordinario lo que una persona inteligente y enérgica puede hacer dentro de su propio círculo. Y aunque la gente, cuando carece de fe y está

[18] Vea, en general, Elihu Katz y Paul F. Lazarsfeld, *Personal Influence: The Part Played by People in the Flow of Mass Communications* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1955).

confundida y recelosa, aceptará a fanáticos "sinceros" cuya mera convicción es atrayente, es también posible que acepte las ideas de gente que pueda explicarle el mundo, que pueda hacérselo interesante y significativo. Uno de los resultados importantes de engendrar un debate genuino sobre política exterior, aunque sea entre pocas personas, es el hecho de que puede aumentar la vitalidad general y animación de esta gente.

Ahora para resumir. Frente a la propagación de ideas ilustradas de cualquier clase se encuentran las barreras tradicionales de apatía y desconfianza. Los liberales en este país podían actuar previamente con una cierta seguridad porque estaban inocentes del grado de intolerancia de la gente de la clase trabajadora, y podían echar la culpa de lo que encontraban a unos pocos traficantes en guerra o a una élite de poder. Las ciencias sociales han ayudado a aumentar la sensación de desesperanza de los liberales en el preciso momento en la historia cuando la causa liberal perdió ímpetu debido a la guerra o debido a que se la ligó al Comunismo: y debido a que se habían logrado muchos objetivos domésticos.[19] Así, se han descubierto nuevas barreras. Una de ellas es un enemigo que no pelea, una ausencia de debate. Otra es el miedo al idealismo que es tan fuerte que aun un gran idealista como Geroge Kennan discute sobre los peligros del idealismo como si aún estuviéramos viviendo en un período wilsoniano. Además, es ahora cuando estamos conscientes de la fortaleza de las fuerzas irracionales en el hombre, y a veces nos sentimos tentados a hacer un llamamiento a esas fuerzas cuando, por ejemplo, tratamos de asustar a la gente para que se entere de la realidad, sólo para descubrir en muchos casos que carecen de la inteligencia para asustarse.

Permítanme terminar con otra anécdota. En mayo se me pidió que hablara a un grupo de estudiantes selectos en una universidad principal. Era la última conferencia del año y mis anfitriones académicos me pidieron que hablara de algo que yo considerara importante. Les había notificado que hablaría sobre algunos adelantos en las ciencias sociales, pero en vez decidí a última hora hablar sobre la situación mundial y los peligros que amenazan a la humanidad. Expliqué, por ejemplo, por qué había sido uno de los firmantes del Comité para un Programa Nuclear Sensato. Cuando llegó la hora de discusión, fui atacado por un número de estudiantes que me preguntaron: "¿Preferiría yo vivir arrodillado a morir de pie?" Este lema surgió como un golpe una

[19] Esto es, claro está, una simplificación exagerada y en la discusión en la Conferencia se presentaron algunas limitaciones necesarias. Es cierto que los problemas hoy día están menos definidos que lo que parecían estarlo en generaciones anteriores, y que la hegemonía de clase social de los grupos de la costa Este se ha debilitado, y al lado de esto, se ha debilitado la sensación de que el país es manejable desde cualquier punto dentro de él, aparte de la intratabilidad de muchos cambios en el mundo en total.

y otra vez. (Resultó que un número de estos estudiantes eran lectores de *The National Review*). Estos estudiantes se consideraban a sí mismos inconformes e independientes porque estaban dispuestos a morir en la batalla contra lo que todos considerábamos terror y opresión comunista. Pero no tenían ninguna conciencia de la extensión de su propia opresión que los había llevado a aceptar un lema etnocéntrico de moda sin examinarlo críticamente. Me acordé de los pilotos americanos quienes durante la última guerra demolieron ciudades alemanas y japonesas sin preocupaciones porque era un trabajo limpio, y porque arriesgaban sus propias vidas al hacerlo (unos pocos, claro, sí se preocuparon, como lo hicieron algunos civiles).[20] Se me ocurrió que ningún grupo de mujeres en una universidad femenina comparable podría hablar de esta forma y tratar la vida con tanto desprecio aun la vida bajo las condiciones más terribles y aparentemente irreparables: si las mujeres pensaran sobre estos asuntos como han hecho tradicionalmente los hombres, la raza humana hace tiempo hubiera perecido. Sentí que estos chicos estaban tratando de ser hombres pero tenían miedo de confesar un miedo razonable — y me di cuenta que por primera vez en la historia los hombres tienen el poder no sólo de destruirse a sí mismo sino a todas las mujeres también y a toda la vida.

Pero, afortunadamente, no todos los estudiantes se sentían como los más vocingleros de este grupo. Había otros estudiantes allí (y también los hay en otras instituciones) quienes criticaban el Comité para un Programa Nuclear Sensato porque sentían que sus esfuerzos no llegaban lo suficientemente lejos, bregando sólo con los síntomas de las pruebas atómicas y no con las enfermedades de política exterior y nacionalismo. Estos últimos estudiantes eran una pequeña minoría. Tuve la impresión, sin embargo, de que anteriormente no habían estado conscientes de que un número considerable de compañeros estudiantes, por no hablar de un científico social visitante, compartían y podían llevar adelante sus propias preocupaciones privadas. Habían sufrido, me sospecho, de lo que los sociólogos llaman "ignorancia pluralista" —creer que "todos" comparten el punto de vista de la minoría activa, y estaban aun más aislados, confundidos y autodesaprobantes que lo

[20] En relación con esto, se me vino a la memoria una experiencia de Lewis Dexter en el Ground Observer School (Escuela de Observadores Terrestres) en la Base Tyndall de la Fuerza Aérea en Florida. Había estado describiendo algunas de sus ideas (bosquejadas en el artículo a que nos referimos en la nota 15) sobre operaciones militares químicas limitadas que le producirían diarrea al enemigo o lo pondrían a dormir por unos cuantos días, reduciendo así al mínimo la fuerza de la revancha y posiblemente permitiendo negociación, o si eso fallara, ocupación del país del enemigo temporeramente fuera de combate. Varios antiguos pilotos del S. A. C. se horrorizaron ante la mera idea —les parecía demasiado bárbaro el darle al enemigo un ataque severo de diarrea. Dexter les preguntó si ellos creían que esto era peor que exterminar ciudades enteras por medio de bombardeos atómicos (o de otra clase), y contestaron: "Pero eso es natural; ¡lo que usted propone es antinatural!"

necesario. De la misma manera otros estudiantes, parte de la gran mayoría no comprometida, en algunos casos se sintieron obligados a detenerse, mirar y oír al descubrir que la gente que ellos respetaban encontraban que valía la pena discutir seriamente problemas de supervivencia. No hay, claro está, ninguna garantía de que la autoclarificación en las mentes de unos pocos pueda salvarnos. Pero creo que vale la pena probarlo por sí mismo, y siempre hay la posibilidad, tan infinitísima en el principio como una mutación genética, de que pueda ser de ayuda práctica.